

Sebastian Conrad, *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*. Barcelona: Crítica-Planeta, 2017, 269 pp.

La historia global en la actual historiografía: un reciente estado de la cuestión

No ha tardado mucho en publicarse la versión en español de *What is Global History* (Princeton NJ: Princeton University Press, 2016) de Sebastian Conrad, profesor de Historia Moderna de la Universidad Libre de Berlín y uno de los más importantes especialistas en el tema.¹ La editorial Crítica-Planeta se ha encargado de ello en una cuidada edición que lleva por título el que aparece en la ficha bibliográfica de la presente reseña e incluye, significativamente, una portada similar a la de la Universidad de Princeton.

Era necesaria una síntesis y estado de la cuestión como este, dirigido a los estudiantes de Grado y Postgrado, pero también a los historiadores y a estudiosos de disciplinas afines y de la teoría histórica. Porque la “historia global” es hoy un ámbito complejo, interdisciplinar y en construcción, que simboliza de modo contundente la dirección que toman la escritura e investigación históricas en las cuatro últimas décadas, derivada de los cambios en la percepción de los espacios y las temporalidades, y de la importancia de las representaciones y las narrativas en general.

El libro de Conrad –él mismo lo reconoce con cierta crítica y volveremos sobre ello al final de la reseña– es una muestra de cómo, pasado el período dorado de la historiografía francesa, en los últimos treinta años la historiografía internacional se ha encaminado de un modo rápido, y menos crítico de lo deseable, hacia el área lingüística, académica y cultural anglófona. El tema, además de estudios y monografías, ya contaba con estados de la cuestión por y para la citada área.² Pero el presente libro, pese a su edición original en inglés, va más allá. Una de sus principales virtudes es la de formar parte de la difusión crítica del tema fuera del citado ámbito académico que tiene lugar de los años del cambio de milenio para acá; una difusión que hoy ya cuenta, por ejemplo, con reflexiones procedentes del ámbito germano, tales como las de Jürgen Osterhammel y Dominick Sachsenmeier –responsables, junto con Conrad, de la introducción de esta corriente en la academia alemana–;³ y del hispano, como los escritos del argentino Walter D. Mignolo, especialista en teoría e historia cultural.⁴ El presente trabajo llama la atención igualmente por el modo de plantear el tema: no es

¹ Sobre su trayectoria e investigaciones puede verse por ejemplo la entrevista de Timothy Nunan, de la Toynbee Prize Foundation: “Global History as Past and Future: A Conversation with Sebastian Conrad on ‘What is Global History’”, <http://toynbeeprize.org/conversations/global-history-as-past-and-future-a-conversation-with-sebastian-conrad-on-what-is-global-history/> [consulta 10 septiembre, 2017].

² Véase Bruce Mazlish, *The New Global History* (London: Routledge, 2006), y Pamela Kyle Crossley, *What is Global History* (Cambridge: Polity Press, 2008).

³ De Jürgen Osterhammel véase *The Transformation of the World. A Global History of the Nineteenth Century* (Princeton NJ: Princeton University Press, 2014), y de Dominick Sachsenmeier, *Global Perspectives on Global History: Theory and Approaches in a Connected World* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011).

⁴ De Walter D. Mignolo nos remitimos a la versión en español de su obra publicada en inglés en el año 2000: *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (Madrid: Akal, 2003).

solo un mero estado de la cuestión si por esto entendemos una síntesis bibliográfica – aunque sí se echa de menos una bibliografía orientativa al final del libro–; es también una síntesis de los problemas que rodean a ese paradigma, acompañada de un buen conocimiento de la historiografía actual y de interesantes reflexiones teóricas y propuestas metodológicas.

No obstante, convendría aclarar antes de seguir que, a la vista del desarrollo que ha experimentado la llamada globalización desde la década de 1990 y de los cambios coetáneos en los estudios históricos y usos públicos del pasado, el concepto de historia global no parece designar una simple corriente historiográfica que se añada a otras. Es decir, no se trata de una “nueva historia” como las que aparecieron en los años 1970 y 1980, cuando el término *New History* se presentaba dotado de poderes taumatúrgicos. Los editores de la versión española han querido ser explícitos y han cambiado el título original. La historia global se anuncia más bien, y este libro es una buena muestra, como un paradigma historiográfico, esto es, un conjunto de criterios o un enfoque general sobre la escritura de la historia que viene madurando al calor de los cambios culturales recientes, y del que se puede extraer no solo una nueva visión del pasado y el presente, sino también claves para replantear o esclarecer las paradojas actuales que rodean al trabajo de los historiadores.⁵ El mismo término “historia mundial” (*World History*) que parecía haber desplazado en los años 1980 y 1990 al clásico de “historia universal” (*Universal History*), parece hoy absorbido incluso por el de historia global, sostiene Conrad. Porque, si nos atenemos a la interpretación del presente libro estamos, insistimos en ello, ante una nueva forma de ver tanto la historia como la historiografía.

¿Qué tiene pues la historia global de específico y de genérico? Para responder a ello Conrad acude a una fórmula inteligente: examinar su especificidad a través del debate y de la comparación con una serie de ámbitos vecinos que “no son netamente distintos de ella” (pág. 30), y que se han ido desarrollando desde las décadas de 1970 y 1980. De esa comparación es posible deducir un paradigma –en este caso la propia historia global– dotado de una serie de rasgos ideales que son justamente los que le confieren la sustantividad que el autor reclama. En realidad esta fórmula, la construcción de un tipo ideal, se puede aplicar a otras tendencias historiográficas generales que se abren camino hoy. ¿Qué es la llamada “historia del presente” –o el interés por el estudio de los hechos cercanos–, sino una tendencia, expresable en forma ideal-típica, que se ha ido imponiendo con diversos términos o nombres en las últimas décadas acompañando al interés por la multiplicación de espacios, relaciones sociales y “régimenes de historicidad”, y que tiene numerosos precedentes?

Para entender la sustantividad de la historia global tal y como la ve Conrad, los capítulos claves del libro son el 3º y el 4º. El capítulo 2º, complementario, es un repaso de antecedentes del que conviene retener la siguiente idea: el género de la historia universal, donde la historia global halla ciertas raíces, siempre ha tenido pese a su carácter clásico un estatuto incierto en la disciplina histórica –se remonta, eso sí, a las *Historiae* herodoteas y conecta con el campo de la filosofía de la historia de los siglos XVIII y XIX, así como con las “historias de la civilización” que se escriben en ese

⁵ Por ejemplo: cómo compatibilizar una historiografía que pueda aspirar a investigar verdad histórica, y al mismo tiempo tenga en cuenta la diversidad de enfoques de los historiadores y la cada vez mayor importancia de las memorias, las representaciones y los usos públicos del pasado.

período–; si acaso ese estatuto solo ha comenzado a esclarecerse recientemente (pág. 33). Sin embargo, conviene matizar esta afirmación. Es verdad que hasta los años 1970 y 1980 no surgen instituciones dedicadas al estudio de las llamadas *World History* y *Civilizations* (salvo excepciones como la *International Society for the Comparative Study of Civilizations*, que se funda en Salzburg, Austria, en 1961). Sin embargo, eso no significa que el estatuto de la historia universal no estuviera ya bien asentado en la historiografía profesional. A este respecto podría decirse que la época de entreguerras fue decisiva para darle un impulso notable. No olvidemos que fue en esos años cuando se produjeron los primeros debates de alcance sobre la naturaleza de la historia económica, social y cultural, y se reflexionó sobre la llamada “crisis del historicismo”. Probablemente las dos Historias Universales más importantes publicadas por las primeras generaciones de historiadores profesionales se editaron en esos años: la *Propyläen Weltgeschichte*, dirigida por el alemán Walter Goetz (10 vols., 1929-1933), y la famosa colección *L'évolution de l'humanité*, promovida a partir de 1920 por Enri Berr y en la que ya se apuesta por desarrollar una “historia verdaderamente mundial”.⁶

Sin embargo, tiene razón Conrad cuando subraya que el siglo XIX sí alumbró una clave metahistórica o ideológica que ha jugado un papel decisivo en la historiografía y la cultura de ese siglo y del siguiente, y ha contribuido a la postre a dar la forma definitiva –y restrictiva– de que ha hecho gala la historia universal. Estamos hablando del eurocentrismo. En ese sentido, como ya señalaron los historiadores procedentes de los llamados *Subaltern Studies* en los años 1980, a quienes Conrad valora crítica pero favorablemente, lo que se ha entendido por historia universal ha sido con frecuencia una “metanarración eurocéntrica de la historia mundial” (pág. 35).

Una vez establecido este repaso por la historia de la historiografía y fijada la importancia ideológica del eurocentrismo, el capítulo 3º, pero sobre todo el 4º, se convierten en la clave de bóveda de todo el libro. De hecho, los capítulos del 5º al 9º lo que harán en todo caso es profundizar en los dos recién mencionados.

El 3º capítulo es un examen de los aludidos “dominios vecinos”, a saber: la historia comparada, la historia transnacional, la teoría de los sistemas-mundo, los estudios postcoloniales y el concepto de modernidades múltiples. El lector hallará en él un detallado análisis de las ventajas y los inconvenientes de tales dominios. Surgidos en los años 1970 y 1980 –excepto la historia comparada, que data de la época de entreguerras, cuando fue formulada por autores como Marc Bloch–, todos ellos, asegura el autor, han realizado fructíferas aportaciones al tipo o paradigma de la historia global, pese a limitaciones o simplificaciones propias de sus inicios. Entre estas últimas la historia comparada ha tendido a suponer que los elementos que se comparan nunca se han visto influidos entre sí; la historia transnacional, a hacer de lo global un simple trasfondo; a la teoría de los sistemas-mundo le ha sobrado eurocentrismo y reduccionismo económico; a los estudios postcoloniales en cambio, “culturalismo” y una visión del eurocentrismo demasiado simplista; y, finalmente, a la más reciente de todas, la teoría de las modernidades múltiples, todavía le falta claridad y complejidad (claridad para resolver si estamos hablando de modernidades distintas o bien de

⁶ Ambas obras están estudiadas en el clásico de Ernesto Ragionieri, *La polemica su la Weltgeschichte* (Roma: Edizioni di storia e letteratura, 1951), pp. 98-101 y 110-14, respectivamente. En cuanto a la referencia sobre la perspectiva mundial de *L'évolution de l'humanité*, véase la página 111.

variedades de la misma modernidad, y complejidad para evitar que el concepto de civilización se entienda, todavía hoy, como algo cerrado y hermético a las influencias externas, como ha ocurrido tradicionalmente).⁷ En todo caso la aportación de estos dominios y teorías ha consistido en erosionar el concepto de historia universal. Su hincapié en un tipo de historia que trasciende la del Estado-nación, sus críticas al eurocentrismo, e incluso su interés en los aspectos culturales, han preparado en cierto modo el terreno para la historia global. Además, en la mayoría de esos dominios se observan signos de que se van superando algunas de sus primitivas limitaciones.

Ahora bien, una de las claves del libro es la idea de que la historia global ha ido dotándose de unos rasgos propios que la conforman como un paradigma diferenciado. Para encontrarlos resumidos el lector debe acudir al capítulo 4º y, en particular, a las páginas 62-65 de la edición española. El autor sintetiza aquí esos rasgos en seis características que de nuevo se presentan a modo de tipos ideales. De sus comentarios lo más llamativo es el aire de nuevo paradigma que el autor, gracias a ellas, otorga al tema tratado. En esos comentarios el lector encontrará, además, la razón de por qué Conrad defiende que la llamada historia mundial ha acabado absorbida, o está en proceso de ser absorbida, por esta tendencia más compleja que es la historia global.

La más importante de esas seis características es acaso la primera de ellas, la tesis de que la historia global no se limita a los “marcos globales”, sino que se ocupa de temas y fenómenos concretos, o si se quiere, de las interrelaciones entre los fenómenos. Dicho de otro modo, la globalidad no es necesariamente la única unidad de análisis de la historia global.

Las consecuencias de esta premisa sobre los marcos y unidades de análisis no son pocas –por ejemplo, el desplazamiento de la llamada historia mundial que defiende el autor–, y dan a la historia global un tono desmitificador que contrasta con aquellas visiones estereotipadas de la misma, que la muestran a modo de continuación o forma modernizada de las historias universal y mundial; o incluso como una simple historia de la globalización *tout court*. Igualmente ayudan a una reflexión sobre el eurocentrismo que va mucho más allá del que realizaron en la década de 1980 los *Subaltern* y *Postcolonial Studies*. A través de estos aportes la historia global desmiente –asegura el autor–, estos dos extremos: por un lado, el discurso eurocéntrico que ve la historia mundial como el resultado de la mera difusión cultural de la modernidad europea a otras partes del mundo (los “requerimientos de la geopolítica” han sido fundamentales igualmente, señala); y por otro, el discurso contrario que cree que la modernidad es una mera invención europea impuesta al resto de la humanidad por los efectos del eurocentrismo. Ni una cosa ni la otra.

Para llegar a esta conclusión –estaríamos ante las restantes cinco características– Conrad sostiene que la historia global (1) no da por sentada ninguna unidad de análisis (naciones, imperios, civilizaciones, etc.), (2) ni cree que estas se desarrollen en aislamiento; y además (3) concede una gran importancia a lo espacial y (4) a lo sincrónico. El último de los rasgos (5) ya lo hemos adelantado: el paradigma de la

⁷ Aquí el autor se refiere en todo momento al ensayo que el sociólogo israelí Shmuel N. Eisenstadt publicó en *Daedalus*: “Multiple Modernities”, *Daedalus*, vol. 129, 1 (otoño de 2000): 1-29.

historia global trae consigo una reflexión expresa sobre el eurocentrismo y sus implicaciones.

Los capítulos 5° a 9° del libro están pensados para profundizar en todas estas claves y son los que dan al libro un particular tono de guía teórica y metodológica. En ellos el autor se presenta como un convencido defensor de las claves de la metodología histórica frente a las tendencias que reducen la historiografía a un conjunto de discursos o narrativas.

El contenido del capítulo 5° se podría sintetizar como sigue: para que la historia global sea hoy un enfoque válido, o un punto de llegada adecuado, tiene que ser también la expresión de un proceso histórico –un proceso donde se dan cita nuevos marcos e interrelaciones de distintos espacios, unidades, situaciones, personas, etc., a lo largo del tiempo–. Ahora bien, si esto es así, ¿cuándo se ha iniciado dicho proceso y cómo se expresa?, ¿se trata de un “proceso de globalización”? Aquí Conrad no duda en huir de las simplificaciones: los marcos temporales de la historia global no se limitan a la historia contemporánea y ni se reducen a una mera historia de la globalización de las últimas décadas. Cualquier período, potencialmente, se puede examinar desde este enfoque. En cuanto a la segunda pregunta, la respuesta es que lo que caracteriza a la historia global es la “integración estructurada”. En este punto el autor es deudor de una sólida tradición de la teoría social, muy cercana a los historiadores, como es la “teoría de la estructuración” (Anthony Giddens). Esta teoría sostiene que las estructuras y causas estructurales no están separadas de la acción humana, sino que, por el contrario, encuentran su sentido en esta última.

El capítulo 6° conecta como decíamos con la primera de las características, la forma de pensar el espacio: ¿Cuáles son las unidades de análisis de la historia global? ¿Qué papel juega la globalidad en ella? De nuevo Conrad huye de las simplificaciones y se inspira en aportaciones previas que pueden considerarse clásicas. En este caso echa mano de la teoría del “juego de escalas”, cuyos antecedentes ya fueron asentados, como es sabido, por la llamada microhistoria en los años 1980 y 1990. La propuesta del autor consiste en asegurar que la historia global permite el uso de cualquier unidad espacial de análisis, desde el marco mundial hasta el local pasando por un sinfín de marcos de extensión intermedia: “lo global y lo local no necesariamente se oponen”, dirá el autor (pág. 119).

El capítulo 7°, donde el autor aborda el problema de los marcos temporales introducido en el capítulo 5°, sigue una pauta parecida al 6°: del mismo modo que *a priori* la historia global no está vinculada a ningún marco espacial o unidad de análisis, tampoco está asociada necesariamente a ningún marco específico temporal; esto es, cualquier marco temporal es factible. De nuevo, la teoría de la estructuración (las estructuras moldeadas por la acción humana) viene aquí en ayuda de esta propuesta.

Los capítulos 8° y 9° sirven para cerrar el análisis de la historia global como paradigma diferenciado. El primero, reflexionando sobre el modo en que la posición del historiador, sus circunstancias y el contexto en el que escribe, pueden ayudar a delimitar este paradigma; y el segundo, examinando de qué manera pueden hacer lo mismo los conceptos que le son propios o que se proponen como tales. Ni el tema del papel del

historiador ni el de los conceptos son asuntos menores en una perspectiva como la que examinamos, que se presenta como un paradigma historiográfico. Ello es debido a la última de las seis características a las que hacemos referencia: la reflexión sobre el eurocentrismo y conceptos derivados que tan inherente resulta a la historia global. En este caso las soluciones que propone Conrad, como decíamos, no se desvían de los elementos clásicos del oficio del historiador, esto es, de la metodología histórica con sus rasgos de búsqueda de la pluralidad causal, recurso a otras ciencias y trabajo con una diversidad de escenarios históricos.

No es posible, señala el autor, prescindir del “carácter posicional” del historiador y de la existencia de interpretaciones del pasado. Cualquier interpretación está influida por las circunstancias de su autor. El reconocerlo expresamente para entender la historia global tal y como hacen los *Subaltern Studies* resulta positivo. Ahora bien, el adoptar una posición exclusivamente cultural como también hacen estos últimos es lo que desdibuja el análisis, incluso lo que impide construir una alternativa convincente al eurocentrismo. Y si se trata de los conceptos, ocurre otro tanto. Los conceptos siempre tienen un carácter construido y esa construcción no es necesariamente el resultado de la labor de los historiadores, sino el producto de determinadas circunstancias históricas. De ese modo, la búsqueda de alternativas al eurocentrismo, como las “categorías nativas”, tampoco resuelve el problema de cuáles son los conceptos más adecuados de la historia global. Para Conrad solo el recurso al repertorio conceptual de las ciencias sociales puede ser una buena guía.

Podía el autor haber concluido su libro con los nueve capítulos comentados. Sin embargo, habría dejado en el tintero un tema clave que también ayuda a entender el carácter de paradigma al que aspira la historia global: la posición que ocupa esta tendencia en el actual contexto historiográfico internacional. Con el (sub)título “la política de la historia global”, este es justamente el sentido del último capítulo, el 10º.

Después de haber examinado las dificultades y las ventajas de la historia global y tras haber propuesto métodos para su análisis, este capítulo lleva al lector al problema del papel que juega este enfoque en el actual contexto historiográfico internacional. También aquí se observa que el autor evita las simplificaciones, esto es, una mera defensa del tema y de sus orígenes historiográficos anglófonos. El capítulo, como el resto del libro, es un análisis de pros y contras, análisis que el historiador no anglófono agradecerá a buen seguro.

Lo que propone aquí Conrad es en síntesis que, dado el cosmopolitismo de la cultura actual, resulta obvio que ser historiador hoy también implica de algún modo el ser un historiador global y hacer uso de la herramienta del inglés, en la actualidad un instrumento que permite “comunicaciones transfronterizas” como nunca habían tenido lugar antes (pág. 197). Sin embargo, este ideal y las posibilidades de dicha herramienta no deben ocultar tampoco uno de los rasgos actuales de la política de la historiografía internacional, y en particular, de la propia historia global. Esta sigue siendo, por mucho que se presente como un paradigma complejo –al menos en lo que hace a política de la historia–, el heredero inmediato de la llamada *World History* y, por lo tanto, un género profundamente anglófono. Es más, “la mayoría de los historiadores globales continúan haciendo caso omiso de los estudios escritos en otras lenguas producidos fuera del

marco institucional de las universidades” –sobre todo norteamericanas y británicas–, señala el autor (p. 196). Esta situación resulta grave, contradictoria, y debe ser superada paulatinamente. De lo contrario la historia global correrá el riesgo de perder esas propiedades de paradigma sostenido que el libro le atribuye.

Concluimos el comentario recomendando vivamente la lectura de este libro. No dudamos de que se trata de unos de los más importantes ensayos de historiografía publicados en los dos últimos años. Con él su autor ha hecho un notable intento de sacar la propuesta de la historia global fuera del citado ámbito anglófono, y la ha presentado como un paradigma incardinado en las actuales corrientes historiográficas, lo que con seguridad ayudará a su mejor comprensión y aceptación.

Gonzalo Pasamar
Universidad de Zaragoza
gpasamar@unizar.es

Fecha de recepción: 7 de noviembre de 2017.

Fecha de aceptación: 16 de noviembre de 2017.

Publicación: 31 de diciembre de 2017.